

# Los dioses de los germanos

Los Romanos llamaban Germanos a los habitantes de Germania, una región de Europa Central delimitada por el Mar del Norte y por el Báltico en su parte septentrional, al Este por el Vístula, al Sur por los Cárpatos y el Danubio, y al Oeste por el Rin. Cuando los Romanos entraron en contacto con estos pueblos, que habitaban regiones exteriores a los límites del Imperio, quedaron sorprendidos no sólo de su geografía, sino también de sus costumbres.

El suelo sobre el que vivían era un bosque casi continuo en el que crecían, entre otros árboles, unas encinas enormes. No había caminos ni veredas para atravesar estos bosques o poderse guiar por entre los pantanos, ni puentes para vadear los caudalosos ríos. Sí, en cambio, tropezaron con un clima muy riguroso, casi insoportable para quienes poblaban las costas del Mediterráneo, y con una fauna boreal muy sorprendente para ellos.

En cuanto a los hombres, formaban una serie de tribus que vivían de la agricultura en un estadio muy primitivo, de la caza, de la cría de animales domésticos; que fabricaban cerveza con cebada y con lúpulo y que, de una manera casi continua, se hallaban en guerra unas con otras. Sus costumbres, aparte de esa auténtica manía de luchar, eran castas y sencillas. La mujer, que el hombre compraba a sus padres, obteniendo así su tutela para toda la vida, estaba muy considerada, lo que no impedía que los bienes se transmitiesen por línea masculina. Y como clases sociales existían los nobles —que estaban al frente de los distintos pueblos germánicos—, los hombres libres, los libertos y los esclavos. Puesto que las familias tenían el derecho de vengar por su cuenta las injurias y afrentas inferidas a cualquiera de sus miembros, a las interminables peleas entre tribus se añadían las discordias familiares en el seno de una misma tribu, lo que hacía que la guerra, y con ella la anarquía, fuese la norma y no la excepción en su modo de vivir.

En conjunto, este pueblo o, por mejor decir, este conglomerado de pueblos, estaba, cuando los Romanos entraron en contacto con él, en un estado de civilización muy inferior al de los países de la Europa Meridional. Y en esa época en que, para nosotros, comienza su historia (hasta la llegada de los Romanos a sus fronteras todo es prehistoria en el ámbito germánico) aparecían divididos en tres grandes grupos: los del Norte, que ocuparon la Península Escandinava; los del Este o Godos, que, establecidos entre el Oder y el Vístula, abandonaron esta región a finales del siglo I antes de Cristo, emigrando a las riberas del Mar Negro, en la actual Ucrania; y los del Oeste, antepasados comunes de ingleses y alemanes, que, desde la actual Alemania Septentrional, bajaron unos hacia el Rin y el Danubio, entrando en liza

con los Romanos, y otros cruzaron el mar y se establecieron en la Gran Bretaña, doblegando a los Celtas que señoreaban la isla antes de su llegada.

De los Godos y de los Germanos del Oeste apenas sabemos nada de lo que atañe a su religión y, más particularmente, a su mitología. Lo que sabemos —a través de historiadores griegos y, sobre todo, romanos, como César y Tácito— son informes de segunda mano que se limitan a explicar sus creencias a través o en comparación con las romanas. Además, como ya a partir del siglo IV en el caso de los Godos, y a partir de los siglos VI-VII en el caso de los Germanos Occidentales, se vieron sometidos a la influencia del cristianismo y acabaron por abrazar esta religión, los misioneros de Cristo se ocuparon más de inculcar sus ideas que de recoger las de aquellos a los que estaban evangelizando. De manera que sin los *folktales* y leyendas populares que perduraron por ser considerados como cosa de pura fantasía y gracias a los cuales se puede conocer algo relativo a las primitivas divinidades secundarias (demonios y gigantes, elfos, enanos y espíritus telúricos de toda índole) nada sabrámos de sus antiguas creencias religiosas. Poemas como *Beowulf*, *Gudrun*, *Waltharius* y *Nibelunglied* son tardíos y dan una información «romántica» acerca del *Geist* de los Germanos y de sus mitos más que una versión directa de su pensamiento mitológico y religioso.

Si conocemos esas creencias de los antiguos Germanos y hemos podido reunir un *corpus* de mitología germánica ha sido por obra y gracia del primer grupo de Germanos a que arriba aludíamos, los Germanos del Norte que pasaron a Escandinavia, que tuvieron siempre un especial cuidado en que no se perdiese el recuerdo de sus viejas tradiciones. Gracias, pues, a los hombres de letras escandinavos que, aunque cristianos, conservaron los mitos relativos a sus antiguos dioses en poemas anónimos (algunos de ellos anteriores a la implantación del cristianismo), en los cantos escáldicos, en las sagas en prosa, en los manuales poéticos y en las obras de historia y erudición de Islandia, Dinamarca, Suecia y Noruega a lo largo de la Edad Media, podemos reconocer a los dioses germánicos en el panteón nórdico que nos describen. Sólo a través de la mitología de los Escandinavos o mitología nórdica es susceptible de conocerse la mitología germánica.

En 1643, Brynjolf Sveinsson, obispo de Skálholt, en Islandia, descubrió un manuscrito islandés en verso del último cuarto del siglo XIII. Veinte años después, en 1662, se lo envió a Federico III, a la sazón rey de Dinamarca y de Islandia; de ahí que se lo conozca por el nombre de *Codex Regius* o, en la terminología islandesa, *Konungsbók*. Hoy se conserva en Reykjavik. Por la época en que Sveinsson encontró el códice era bien conocida la *Edda* en prosa de Snorri Sturluson (1179-1241). El obispo de Skálhot pensó que el *Codex Regius* era obra de Saemund Sigfússon «el sabio» (1506-1133) y lo llamó *Edda Poética*, *Edda Mayor* o *Edda de Saemund*, por más que la autoría de Sigfússon no pase de ser un capricho de Sveinsson. A este respecto escribe Borges: «El prestigio de Saemund era vastísimo; era inevitable que le atribuyeran cualquier libro antiguo y anónimo, como a Orfeo los griegos y al patriarca Abraham los cabalistas» (*Antiguas literaturas germánicas*, 2.<sup>a</sup> edición, México, 1965,

p. 58). Desde entonces, el tratado de Snorri Sturluson se llama *Edda Menor* o *Edda Prosaica*.

La *Edda Poética* incluye poemas referidos a los dioses (*Götterlieder*) y poemas relativos a los héroes (*Heldenlieder*). Aquí nos interesan, especialmente, los primeros, que constituyen la fuente más preciosa de mitología nórdica que tenemos. Tres de los *Götterlieder* se refieren a Odín, cuatro a Tor y uno de ellos, respectivamente, a Loki, Frey, Balder, Freyja y Heimdall; un bellissimo poema apocalíptico, la *Völuspá* o Profecía de la Vidente, completa la *Edda de Saemund*.

De un discurso preliminar de corte evemerista y de tres partes (*Gylfaginning*, *Skáldskaparmál* y *Háttatal*) consta la *Edda* de Snorri, un manual para escaldos y lectores de versos. La *Gylfaginning* o alucinación de Gylfi es un auténtico tratado de mitología escandinava.

Junto a las *Eddas* en verso y prosa, existen otras fuentes importantes para el estudio de la mitología nórdica tales como las sagas, los poemas escáldicos plagados de metáforas o *kennningar*, obras historiográficas como los *Gesta Danorum* o *Historia Danesa* de Saxo Gramático, compuesta en los últimos años del siglo XII. Hay otras fuentes arqueológicas muy curiosas, como la fíbula de Nordendorf, de comienzos del siglo VII, en cuya superficie están inscritos los nombres de Loki, Odín y Tor, o la de Nordhuglo, en Noruega, datable en torno a 425, que lleva inscrita una fórmula rúnica en la que se alude a la varita mágica de un dios desconocido. Añadamos algunas fuentes árabes, ciertas vidas de santos altomedievales (como la de Columbano y Vilibrordo) y, por qué no, la síntesis grandilocuente de Richard Wagner en pleno siglo XIX, y habremos concluido este breve repaso de la mitología escandinava.

Precisamente en la misma centuria que Wagner se redactan los grandes manuales de mitología germánica. En la *Deutsche Mythologie* (1.<sup>a</sup> edición, 1835) de Jacob Grimm se contiene un inmenso material al respecto; hoy puede leerse fácilmente en edición facsímil de la realizadas en 1875-1878 bajo los cuidados de Elard Hugo Meyer (tres volúmenes de la colección Ullstein/Materialien, Frankfurt, 1981). Son dignos también de mención los *Germanische Mythen* de Wilhelm Manhardt (1858). En nuestro siglo sobresale la fundamental obra de Jan de Vries *Altgermanische Religionsgeschichte* (2.<sup>a</sup> edición, Berlín, Walter de Gruyter, 1856-57, dos volúmenes), a más del manual clásico de Mogk (*Mitología nórdica*, traducción española, Barcelona, 1932) y de las muy recientes aportaciones de Régis Boyer (destacaré *La religion des anciens scandinaves*, París, Payot, 1981). Cita aparte merecen los trabajos de Georges Dumézil, cuyos *Dieux des germains* (París, P.U.F., 1959) han dado título a esta pequeña introducción mía en el mundo de la mitología germánica; *Les dieux des germains*, un pequeño gran libro que sitúa obstinadamente a los dioses escandinavos dentro del círculo implacable del número 3, un número especialmente indicado para explicar el universo religioso, sociopolítico y cultural de los antiguos indoeuropeos y que otro Georges, Duby, ha utilizado hace bien poco para explicar fenómenos parecidos del Occidente medieval. Pero aquí no hablaremos de las célebres